

23. "Nuestro amigo"

Para vivir la conversión a la comunión, San Benito nos recuerda un método que ha sido claro desde la primera comunidad cristiana: el uso de los bienes a la luz de la necesidad de los demás, al servicio del bien de todos, especialmente de aquellos que tienen más necesidad de ellos. Propone que ejercitemos una relación con las cosas que cambie el adjetivo posesivo, como he dicho con respecto al cemento y los ladrillos: nos pide pasar del "mío" al "nuestro". Esto, más que ser un salto material, es un salto de corazón y libertad. Por eso es necesaria la fe. El cambio del mundo no viene en primer lugar por el cambio de la mente de los poderosos, a menudo vacía, sino de la conversión de nuestro corazón.

La pobreza material es verdadera y posible solo si se busca sobre todo como pobreza de corazón. Quizás en el monasterio se usan para el trabajo herramientas y objetos que nunca podríamos habernos permitido antes. Pero la primera conversión que la Regla nos pide no está en la medida material de la pobreza, sino en educarnos para tratar las cosas con la conciencia de que son "nuestras" y no solo "mías". Así, San Benito nos educa para la conciencia y la experiencia de que los bienes son siempre un don, recibido y para ser transmitido, y que pueden estar al servicio de un bien mucho mayor, eterno, que no nos será quitado: la comunión fraterna. Poseer en comunión no es perderlo todo, sino poseer cien veces más. De hecho, tanto "mío" como "nuestro" son adjetivos posesivos. Poseemos una cosa ya digamos tanto "mía" como "nuestra". Pero la diferencia es que en el "nuestra" poseemos la cosa cien veces más, cien veces más no de la cosa en sí misma, sino de la posesión, porque poseemos en la comunión que expresamos en el uso de la cosa. El cien veces más, como la vida eterna, está en la comunión que experimentamos (cf. Mt 19,29).

Esta elección, que especialmente para nosotros, monjes y monjas, debería ser radical y constantemente renovada, es signo de un mundo nuevo que hoy más que nunca es necesario comenzar. La urgente preocupación por la "casa común", por los recursos de la tierra, que la *Laudato si'* del Papa Francisco solicita a todos, se nos pide que la cultivemos en primer lugar convirtiendo nuestro corazón para un uso de comunión de los bienes a nuestra disposición. La Iglesia nos pide que hagamos uso de todo al servicio de una comunión universal, de todo el género humano, presente y futuro. Es también así como se expande y se extiende el reino de Dios.

Pero hay un nivel al decir "nuestro", en lugar de decir simplemente "mío", que es aún más profundo que la comunión de bienes o actividades, o que, mejor aún, debería ser la conciencia profunda de la posesión solidaria de todo bien material y espiritual, y del ejercicio de cada obra: esto es, cuando decimos "nuestro" junto con Jesucristo.

Hay una palabra de Jesús en el Evangelio de Juan que recientemente me llamó mucho la atención. Está en el capítulo 11, que trata de la enfermedad, muerte y resurrección de Lázaro. Sus hermanas le hicieron saber a Jesús que estaba enfermo: "Señor, el que tú amas está enfermo" (Jn 11,3). Jesús decide esperar dos días más, de forma que Lázaro muere sin que Jesús haya ido a verlo y a sanarlo. Pero Juan

insiste mucho en la amistad que Jesús sentía por los tres: "Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro" (11,5).

Pues bien, la palabra que me llamó la atención es la que dice Jesús cuando comunica a sus discípulos su intención de ir a Betania a "despertar" a Lázaro. Él dice: "Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo" (11,11). Precisamente me ha llamado la atención la expresión: "nuestro amigo – ὁ φίλος ἡμῶν".

Él no dice "mi amigo", sino "nuestro amigo". Y es algo extraordinario, incluso si, como yo, pudiéramos haber escuchado este evangelio miles de veces sin darnos cuenta. Jesús habla de un amigo suyo, a quien amaba de una manera muy personal, pero lo llama "nuestro", lo define como perteneciente no solo a Él, sino a Él con los discípulos.

Esta palabra de Jesús, si la escuchamos bien, me parece que conlleva como una clave para vivir una relación nueva con todos y con todo. Porque si Jesús dijo "nuestro amigo" hablando de uno de sus amigos, esto significa que nosotros también podemos y debemos hablar de nuestros amigos, de las personas que amamos, y también de todas las relaciones humanas que tejen nuestra existencia, definiéndolas con un "nuestro", que incluye a Jesús, que en primer lugar involucra a Jesús.

A menudo, especialmente en las vocaciones que implican la virginidad y el celibato, cuando surge un afecto, una amistad particular, instintivamente pensamos: "*mi* amigo, *mi* amiga". Entonces, tal vez nos damos cuenta de que nuestro corazón no es libre en esta relación, y luego le decimos a Cristo: esta persona es tuya, solo tuya, te la devuelvo, hago el sacrificio. Pero lo hacemos con tristeza, porque es un sacrificio que, en cualquier caso, va en contra de un movimiento positivo del corazón humano, precisamente la amistad, el afecto. Es como si entre estas dos opciones, una que posee demasiado para uno mismo y la otra que lo sacrifica todo, sin permitir que la amistad crezca y se purifique, es como si Jesús nos sugiriera un tercer camino, que abre el corazón sin romperlo, que lo dilata: el camino de vivir esta amistad, este afecto, *con Él*, compartiéndolo con Él, diciendo con Él, y como Él: "nuestro amigo, nuestra amiga". Y esto hace que todo lo que estamos instintivamente tentados a poseer ahogando nuestros corazones, o a lo que nos renunciamos forzosamente, aplastando nuestros corazones, podamos poseerlo por completo, podamos disfrutarlo *al poseerlo con Cristo*, dilatando en la amistad con Él todo nuestro afecto, cada una de nuestras amistades, todas nuestras relaciones.

Este horizonte del amor que define como "nuestros con Jesús" a los seres queridos, no se aplica solo a aquellos que hacen votos o promesas de celibato: es el horizonte de gratuidad, belleza y plenitud de cada relación, incluso conyugal, incluso entre padres e hijos, también fraternal. Todas nuestras relaciones, Jesús nos enseña a vivirlas como "nuestras" junto con Él. ¿No nos enseñó Cristo a decir "nuestro" incluso a su Padre?

Os sugiero, sin entrar mucho en ella, esta luz sobre nuestra vida, sobre nuestro corazón. Volveré sobre ella en otras ocasiones, y podría ser un tema para todo un mes del Curso de Formación... Pero es una palabra con la que me gustaría que

marcháramos hacia nuestra vida cotidiana, con el deseo de vivir todas nuestras relaciones pensando que podemos vivirlas como "nuestras con Cristo", y por lo tanto, vivirlas dentro de su amistad, de su afecto hacia las personas y hacia nosotros.

No es solo un sentimiento, porque decir "nuestro" con Jesús es algo exigente, que nos introduce en un sentido sobre las personas y las cosas que es la caridad, el amor gratuito de Cristo por nosotros y por todos. Con Jesús, incluso mi enemigo se convierte en "nuestro amigo". Tan grande es el amor de Aquél que compartió con nosotros todo su ser, junto con el Padre y el Espíritu Santo.

Cuando Jesús dijo ese día "nuestro amigo", hablando de Lázaro, imperceptible pero realmente ha iniciado un mundo nuevo, una tendencial transmisión universal de su amor, de la Comunión Trinitaria, una misión sin límites, que es la misión de la Iglesia, en la cual Cristo mismo se comunica con la difusión de una amistad que es Suya y de todos, porque es "nuestra", con Él y con todos.

Es con esta palabra, que abarca a todos en la amistad de Cristo y nos envía a transmitirla a todos, con la que me gustaría expresar los tradicionales, pero nunca por descontado, agradecimientos al final de esta edición del Curso de Formación Monástica.

En primer lugar, agradecemos a Dios por habernos ofrecido este intenso tiempo de encuentro, de formación, de comunión fraterna. ¡Y gracias a cada uno de vosotros por haber correspondido a esta gracia con vuestra disponibilidad y vuestro compromiso en vivirlo todo, incluso a través de los servicios comunitarios que cada uno ha asumido con alegría y generosidad, tanto en la casa como en la liturgia!

¡Muchas gracias al P. Procurador Lluç y a Agnese Kulczycka por todo el compromiso organizativo que los ocupa no solo este mes, sino todo el año! ¡Gracias por eso también a Annemarie Schobinger, Piotr Kulczycki, Elia Kass Hanna y Salvatore Russo!

¡Gracias a nuestras insustituibles Hermanas Misioneras Hijas del Corazón de María en la cocina, la lavandería y la sala de planchar! Hacen un trabajo oculto, subterráneo, pero que es exactamente un trabajo como el de las raíces de un árbol.

¡Gracias a todos los profesores que han compartido sus conocimientos y experiencia con vosotros, y que a menudo os siguen durante el año para los trabajos!

¡Gracias al Pontificio Ateneo de San Anselmo por su valioso patrocinio en este curso de formación!

¡Gracias a todos los intérpretes, sin los cuales el Curso sería una Babel, y en particular a los de nuestra Orden: P. Bazezew de Shola y P. João Crisóstomo de Itaporanga!

La traducción de mis capítulos es un trabajo pesado que siempre involucra a muchas personas, todas muy generosas: el P. Procurador Lluç y la Madre Eugenia de Talavera de la Reina, Annemarie Schobinger, P. Stephen de Dallas, Hna. Michaela de Rieunette, Madre Aline de San Giacomo di Veglia, Dom Luis Alberto y Fr. Estevão de Itatinga, P. João Crisostomo, Prof. Antonio Tombolini. A ellos están agradecidos todos los que leen los capítulos online.

¡Agradezco a todos los bienhechores que apoyan financieramente este curso de formación, especialmente a la AIM!

Finalmente, pienso en aquellos que han completado el período de tres años y a quienes saludamos con cariño. Siempre es triste decir adiós, ¡pero es precisamente un efecto especial de este Curso crear lazos de comunión fraterna intercontinental, y entre Órdenes y comunidades, que siempre son más fuertes que las distancias del espacio y del tiempo!

¡No olvidemos permanecer unidos en la oración de Cristo al Padre, en la alegría del Espíritu Santo, que es lo más importante para nosotros y para el mundo entero!